

vado blasfema de tu Dulce Nombre; aún hierva nuestra sangre cuando se quiere atentar á nuestra Religion adorada; aún somos hijos tuyos; aunque apáticos, indolentes y poco fervorosos, en las adversidades nos acordamos de que eres nuestra Madre. No nos abandones, pues, en los momentos de tribulacion; te lo pedimos por tus dolores al pié de la Cruz, en donde nos adoptaste por hijos. Desde el trono de gloria donde vives, bendice al pueblo que te ama; una sola mirada de tus tiernos ojos será bastante para aterrar á sus enemigos y darle victoria completa sobre los que le quieren destruir; bendice tambien á este pueblo, que tambien es tuyo, porque circula en sus venas la sangre de aquellos héroes que defendieron por siete siglos la fé de tu Hijo, y arde en su corazon el amor más puro hácia la Madre de los Desamparados; bendice su gobierno, para que reine en él la justicia y la paz; bendice sus campos, para que germinen con abundancia; bendice á las familias, para que estrechadas más y más con vínculos de santa union, sean todas un modelo de virtud y de ventura; bendícenos á todos, para que no reine en nuestras almas la culpa. Con esta confianza atravesaremos seguros por este desierto del mundo, y llegaremos á nuestra patria celestial para ver tu hermoso rostro y adorar aquella mano que nos sostiene, aquella mano que nos salva, aquella mano que nos lleva al cielo, que deseo á todos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

## SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

### MARÍA SANTÍSIMA CON EL TÍTULO DE MONTE CARMELO.

---

*Et erit signum foederis inter me et inter vos.*

Y será señal de alianza entre mí y entre vosotros.

(GENES., cap. ix, vers. 13.)

Apénas la mano del Omnipotente habia formado el mundo invisible é inmaterial creando una prodigiosa y bellísima porcion de séres intelectuales, racionales y dotados de albedrío; apénas el cielo empezaba á tener moradores, cuando se formáran dos grandes partidos el de la verdad y el de la mentira; partidos que por muchos siglos se disputarian denodados el imperio del mundo. Está claro que dos cosas tan opuestas no podian vivir juntas en la mansion de la Divinidad, y desde entónces, como pensó divinamente el sublime Agustin, empezaron á echarse los cimientos de las dos ciudades, la de Dios y la del demonio, siendo ésta enemiga de aquélla. De poca consecuencia fuera esto para nosotros los hombres, si Lucifer, al tomar en su diestra el estandarte de la mentira para acaudillar á los enemigos de Dios, no hubiese bajado á la tierra lleno de ira para saciarla en los que eran criados para gozar de los derechos que él perdiera; pero ¡ah!

¡qué mágica es por desgracia la fuerza de la maldad! Lo que sucediera al principio en el reino de los espíritus, aconteció en la tierra al poco de haber criado Dios los dos primeros seres racionales del mundo material; el perverso corazón del ángel caído no quedó satisfecho hasta que no vió alistado en su ominosa bandera al primer hombre, haciendo que éste declarase guerra al cielo. La tierra, pues, esta mansión de delicias que Dios sembró de mil hermosuras y tesoros para el hombre, se convirtió en teatro de guerra; enarboláronse dos banderas cuyos lemas eran verdad, mentira: Dios, Lucifer.

¿Quién de estos dos bandos sería el victorioso? ¿quién el vencido? Claro está que la victoria era para Dios, y el vencimiento para el demonio y cuantos le imitasen. Sí, la mentira podrá dar sus embates espantosos, pero al fin cae á los pies de la verdad, como las olas del mar embravecidas por los vientos se humillan á la alta roca, que, teniendo fijo su asiento en mar proceloso, inmóvil ve estrellarse contra ella á su lado las violentas olas impelidas por el aquilon. Derrotado el padre de la mentira en su primer encuentro, no le quedó otro partido que la proscripción y pena eterna como patrimonio suyo y de sus partidarios. Cayó el ángel sin esperanza de levantarse jamás. Cayó también el hombre; pero ¡oh bondad divina! Los momentos que mediaron entre la trasgresión de Adán y la promesa de un Redentor que lo salvara, fueron sin duda muy crueles; mas Dios no permitió fueran de gran duración: la naturaleza humana, representada entonces por dos individuos apóstatas, rebeldes, proscritos, se vió envuelta en el más horrendo caos, sin ver una luz que la guiase, ni una mano que la favoreciera; la desesperación y pena eternas fueran en aquellos tristes instantes todo el patrimonio de Adán y sus hijos, si Dios no hubiese sido misericordioso. Al poco se deja oír una voz compasiva, que no sabe reprender sino

mezclando la dulzura con el rigor; la humanidad sale con la ayuda del cielo del abismo do se arrojara; Dios jura y promete que llegaría un día de ruina para la mentira y de triunfo para la verdad; la cabeza de la serpiente ha de ser estrellada por la semilla santa que nacerá en tiempos lejanos de una mujer; la aparición del Verbo eterno entre los hombres será el signo indeleble de una paz y alianza nueva y eterna entre Dios y los hijos de Adán. Hé aquí cuanto sucedió en los primeros días del mundo. Desde entonces las generaciones una por una fueron transmitiéndose esta esperanza como la única áncora que los salvara en el proceloso mar de la presente vida; la mujer que en su seno engendraría al Hijo del cielo, era la criatura más grande que vieran jamás los siglos; y Ella y su Niño eran mirados como el signo de alianza y de paz para los desgraciados mortales, que algún día osáran declarar la guerra al cielo.

Esta esperanza uniera en uno los pensamientos de mil generaciones; ella enlazaba lo presente con lo pasado y lo advenidero; ella elevaba los espíritus de los Patriarcas, y era la nodriza de los Profetas; ella engrandecía á los pueblos y les daba vigor, para atravesar por tiempos peligrosos, esperando la edad de oro, la época de la regeneración. Testigo de esto es la presente solemnidad, cuyos magníficos preludios encontramos en un gran Profeta del pueblo de Dios cerca de mil años ántes que apareciese el Deseado de las naciones. La fiesta que hoy celebramos de María Santísima, bajo el histórico nombre del Carmelo, es una fiesta de recuerdos magníficos y de glorias singulares; fiesta que nos trae á la memoria acciones heroicas y consumadas en la más remota antigüedad por hombres que en sus raptos mentales vieran á María como el signo que Dios pusiera desde el principio para certificar á los hijos de Adán que, no obstante la proscripción á que estaban destinados por la rebelión

de este padre desventurado, podian ser hijos de Dios y entrar en alianza con Él. *Et erit signum fœderis inter me, etc.*

Este mismo pensamiento va á ocupar mi espíritu y vuestra piadosa atencion en este breve rato, despues de invocar los auxilios divinos.

Virgen augusta, entre tantas glorias como os rodean desde que en la mente divina fuiste predestinada á ser Madre del Pacificador del mundo y fuente de toda gracia, quépaos la insignificante de guiar hoy mi lengua imperita, para que con dignidad y grandeza pueda elogiarnos, demostrando á cuantos me oyen que Vos sois la señal del pacto de amor que existe entre Dios y los hombres. Esta gracia os pedimos todos, saludándoos con el ángel.

#### AVE MARÍA.

Toda la dicha del hombre despues del pecado tenía que pender de un hecho portentoso, en que quedaria victoriosa la verdad y vencida la mentira; el teatro de esta heroica hazaña sería el Gólgota; los atletas serian el Verbo encarnado y el ángel rebelde, á quien Dios emplazára con estas palabras para un dia de combate entre Él y el que habia enredado al hombre en sus disimulados lazos. «Yo, le dice, pondré enemistad entre tí y una mujer, entre tu semilla y la suya; Ella estrellará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á sus calcañares.» Encierran en sí tanta grandeza estas palabras, que no han bastado aún seis mil años para dilucidar cuanto hay en ellas comprendido. En pocas razones, Dios hizo una admirable descripcion de los magníficos resultados que tendria la Encarnacion de su Hijo, explicando tambien la singular jerarquía á que era sublimada la mujer que entre tantas hijas de Adan tuviera la dicha de engendrar, dar á luz y amaman-

tar al Rey de la gloria. Estos resultados serian la emancipacion del hombre de la esclavitud del pecado, la prostracion eterna de su enemigo, la apertura de las puertas del cielo hasta entónces cerradas, la entrada en él de cuantos creyesen y esperasen en este Redentor, y, por fin, el cambio total que tendria la sociedad racional, mejorándose aún en este mundo la suerte del hombre por medio de las leyes suaves del Cristianismo, con las cuales se hicieran más llevaderos los sudores, las fatigas y los dolores á que hombre y mujer fueran condenados en este mundo en castigo de su trasgresion. Hé aquí las esperanzas de la humanidad.

La perspectiva era grande, el porvenir brillante y halagüeño; el dia en que se consumase este hecho, era el gran centro de cuantos dias habria desde el principio del mundo hasta su consumacion. El hombre, miéntras viviese en la tierra esperando al Redentor, era un ilustre personaje proscrito de su príncipe, aferrado en lóbregos calabozos, de donde esperaba salir por la bondad y amor del mismo que lo habia condenado. Contemplad, pues, por un momento cuán grande, cuán suspirado y deseado no sería el dia en que las cadenas serian rotas, el rescate ejecutado y la muerte abolida. Entre cuantas horas ha habido no se cuenta una tan digna de la atencion de la humanidad como aquella en que se abririan los cielos y dejarian caer al Justo; aquella en que una mujer daria entrada en su seno al Dios de los siglos; aquella en que este Dios moriria por salvar al hombre. Consumada esta redencion, diez y nueve siglos no han bastado aún para elogiarla dignamente. Toda la tierra resuena cada dia con los ecos de mil cánticos entonados en honor de aquel dia memorable en que el hombre fué redimido; todo pasa en este mundo: los siglos, sucediéndose con rapidez, condenan al olvido los hechos más notables; los hombres más célebres, teniendo la misma suerte que sus cenizas, yacen olvidados,

como si no hubiesen existido; sólo este hecho portentoso se conserva con los caracteres de una escena que acaba de representarse: no importa que las generaciones sean distintas, que los hombres corrompan cuanto tocan con su pestilente mano, que el error levante su ominosa cabeza, que el infierno brome y que la impía filosofía derisione y denigre los hechos, que éste va pasando intacto é incorrupto al través de las revoluciones del mundo, no fatigándose los pueblos en alabar y bendecir el momento augusto en que se pudo decir: «Cumplióse el reino de nuestro Dios y la potestad de su Cristo.»

Entre tantos grandes eventos como ha habido, sólo éste ha llamado la atención universal; sólo él puede gloriarse de haber impreso el sello de la unanimidad en las ideas de mil y mil pueblos, que han pasado en el enorme espacio de cincuenta y nueve siglos. Cuanto ha habido de glorioso en las naciones, cuantos ingenios sublimes han ilustrado el mundo, otro tanto se ha hecho á vista de este gran acontecimiento. En un hecho de tanta importancia, que tenía en suspensión los cielos y la tierra, á los ángeles y los hombres; en un hecho en que iba nada ménos que la vindicacion de la gloria de Dios, la reformation del hombre, la ruina de Satanás; en un hecho que no podía llevarse á cabo sino tomando Dios la naturaleza humana en las entrañas de una vírgen, ¿podía acaso esta mujer pasar desapercibida? ¿Podían los pueblos pensar en su Redentor futuro, sin que al mismo tiempo fijasen sus ideas en la Madre? No; entre los creyentes que precedieron á la época de la redencion y nosotros, no hay otra diferencia, en cuanto á creencias, sino que ellos creían y esperaban en un Redentor futuro, y nosotros creemos que vino y obró la redencion: ellos, en general, no vieron más que símbolos, ni oyeron más que parábolas; y nosotros hemos visto la realidad de aquellas figuras, y oído clara y distintamente la voz del Verbo

hecho hombre. ¿Podemos acaso nosotros pensar en Jesús sin que con la mayor espontaneidad volvamos la vista á su Madre? No, señores; y de aquí deduciremos legítimamente, con los Padres y Doctores, que los Patriarcas, los Profetas y muchas almas justas del Antiguo Testamento tuvieron un conocimiento perfecto del misterio de la augusta Trinidad y del de la Encarnacion con todas las circunstancias que le acompañaron, misterios que ellos proponían al mundo entre enigmas y tropos, porque el mundo no se hallaba en disposicion de comprender otra cosa. Aquellas almas privilegiadas eran inmediatamente enseñadas por el Espíritu Santo para que diesen al pueblo las instrucciones análogas á la época y posición é ilustración que tenía; pero en todas ellas no encontramos nada que no tenga directa ó indirectamente relacion con el Redentor futuro y su Madre, que fueran mirados siempre como señal de alianza entre Dios y el hombre criminal y proscrito.

Recorred las cinco épocas del mundo ántes de la Encarnacion; en todas ellas vereis representada la Madre de Dios, ya en signos, ya en acciones, ora describiendo su parto, ora sus dolores en el Gólgota; siendo cosa muy notable que, á medida que el mundo va llegando á los tiempos de la Redencion, las figuras son más claras, las palabras más explícitas; de tal manera, que algunos de los Profetas que existieron en los últimos quinientos años de la monarquía hebrea, más parecen escritores contemporáneos de María que Profetas de su Hijo. La primera época del mundo apenas nos presenta más que tinieblas y caos. Si exceptuamos el razonamiento de Dios con la serpiente en el Paraiso, nada podremos decir con certeza, sino que la corrupcion de la carne habia hebetado de tal modo los espíritus, que la idea del futuro Redentor se habia eliminado de la tierra, refugiándose en el corazón de ocho almas justas. Pero entre tanta abominacion, Dios